

## Una noche en la "AUGUSTA,"

(A mi querido maestro, don Enrique Pájaro Rodríguez,  
Maestro Nacional, jubilado, en Mérida).

Rodar de noche por carreteras de dilatadas rectas, tiene algo del desatentado volar de un proyectil. Las tinieblas parecen más densas en contraste con la zona iluminada ante nosotros. La tierra, el aire, el universo todo, diríase una masa blanda y elástica que perforamos con la luz, abriendo en ella un angosto túnel, que va cerrándose a nuestra espalda a medida que avanzamos. Al cabo de algún tiempo, esta sensación de taladro en el caos nos arranca de la realidad; y, por otra parte, el oído, subyugado por el zumbar constante del motor, en nuestra imaginación—lienzo virgen, o pentágama—finge acordes y hasta sinfonías dispartadas.

De este embobamiento, nos despierta la visión de unas luces que emergen del océano de sombras... Pita, estridente, una locomotora... Un gran puente... Y, enseguida, la entrada misma de una ciudad... ¡MERIDA!

De momento, esta palabra solo significa un alto en el camino: un cigarro a quemar ante una taza de café.

Surge el obligado tema de las «ruinas»; y me acucia, violento, el deseo de contemplarlas a esta luz... La idea es acogida con entusiasmo: puesto que hemos de dormir aquí, la ocasión es magnífica. Pero ¿será realizable? Alguien propone una solución; y...

Yo lo desee ardientemente desde la primera vez que visité este lugar. Y ahora, al penetrar en el recinto, me descubro como si entrase en un templo... Esto, que a la luz diurna es museo, y reliquia y página de historia, en esta hora de prima noche tiene también algo de santuario. El aire, quieto, empapado en luna, es neblina sutil, gratisima y sedante en nuestra piel reseca, abrasada en el viaje. Afuera, en las alturas que rodean este relicario, que parece olvidado en una fosa, un instante vimos parpadear las luces de la ciudad y vagamente percibimos sus rumores. Después, nada... La soledad y el silencio, aquí, son absolutos...

Es luna llena. Y el enorme fanal, cuyo orto coincidió casi con la muerte del día, álzase espléndido, nacarando el contorno de unas nubes algodonosas, perfectamente decorativas... como celaje de tramoya.

La visión es imponderable. Bañados por esta luz, en el encanto de esta hora, los mármoles parecen animarse, adquirir vida... Diríase que de su condición de cosa inerte, absoluta y eternamente inerte, pasan a algo que «vuelve» a sentir. Y, así como una momia muestra siempre vestigios del último gesto, estas columnas, también, cobran un como reflejo de pretérita vida... En su enhestadura y proporciones hay soberbia... del inmenso poderío que las levantó. Sus basas y bruñidos fustes, que a la caricia lunar tienen cambiantes de ópalo, evocan el fausto y femenina versatilidad de aquellas patricias que posaron en ellas sus miradas, dejándolas estigmas sutiles de su vivir voluptuoso y

sin freno... ¡Aureos destellos de sus riquezas... rojos matices de sus pasiones y de sus crueldades... reflejos acerados y chispas de luz, en los corintios capiteles carcomidos, del agudo ingenio de sus poetas y de la mordaz ironía de sus cínicos...! Son, estas columnas del TEATRO, bañadas ahora en la claridad lechosa, como extraño coro de doncellas veladas con tenuísimos linos, albos y transparentes, cual si tejidos con hilillos de araña y rayos de luz... ¡Místicas vestales que, en horas de quietud y de silencio, rompiesen el hechizo de los siglos, para volver a cuidar de ignoto fuego en el ara de la inmortalidad...!

Cuando tenemos acibarado el paladar, el azúcar mismo nos amarga... Cuando nuestra ánima es avasallada por la imaginación, ésta, también, pone en nuestra percepción ensueños y fantasmas, que parecen llegarnos de fuera vestidos de realidad. Y el CIRCO, que a la luz del día es solo «campo de soledad», puéblase ahora de sombras que parecen agitarse como vivientes: en las graderías, mordidas y deshechas, por los siglos, yerbajos mienten espectadores; abajo, los espacios de tierra desnuda—¡esta tierra tan roja...—son cuajarones de sangre...; y las brillantes aristas de un pedrusco, *gladios*... Y, a poco que a la fantasía nos acojamos, en ese cardo gigantesco, que se alza en la arena junto a unos informes trozos de cornisa, veréis acaso un «reciario», erguido y victorioso, hundiendo, inexorable, su tridente en el enredado torso del «*gladiator*», que, en último esfuerzo, exhala—¡esclavo hasta en la muerte!— su «*ave, César*...»

Todo mueve a soñar. Estatuas de héroes, cesáreas efigies y dioses de piedra, aquí y allá; unos derribados y otros enhiestos, maltrechos todos, diríase que albergan en sí, todavía, algo de lo que, otro tiempo, representaron... Mármoles roídos, que apenas dan idea de lo que el artífice quiso que fueran, en esta hora maga, son como féretros abiertos a un conjuro, en cuyo seno aún perdurasen—*cadaver* del espíritu—rescaldos de pasiones y apetitos... y amarguras, y hastíos y desencantos... como heces de sus vidas placenteras y triunfales. En tal grado nos invade la ficción, que creyérase, a instantes, oír el rumor sordo de la «*plebe*», y sus bramidos de marejada humana... y el alentar ansioso en los silencios de su emoción ¡Rugidos de bestias, chocar de armas, olor de sangre y fetidez de cubil... gritos de «*bestiarios*» y ayes de dolor...! Todo lo que, un tiempo, fué vida y ambiente de estos lugares y que solo sabemos por la historia, parece surgir ante nosotros, tal que recuerdo palpitante de recientes hechos vividos.

Saliendo ya, el ANFITEATRO retiene aun nuestras miradas y cabe un «*vomitario*», nos paramos a contemplarlo una vez más. La luna, entonces, desaparece de improviso detrás de una nube volandera y la ficción trae nuevos aspectos: ¡Han tendido el «*velarium*», cual si fuese a comenzar la fiesta en una tarde de canícula...! He allí el «*podium*» y los «*estrados*», aguardando al César y a los patricios... y a las *cándidas* vestales, de cuyas manos débiles, albas y fragantes como azucenas, un leve movimiento puede dar la vida o sentenciar a muerte...!

De súbito, una sombra cruza el espacio y, rompiendo la soledad del circo, desvanece el encanto para dar lugar a otro delirio... La luna, descubriéndose de nuevo, recorta a contraluz la agorera silueta de un buho en lo alto de un fuste decapitado, que mente erguido mástil, sobre el cual la nocturna bestia antójasenos águila imperial, de cuyas garras pendiese la áurea cartela: «*SENATUS POPULUSQUE ROMANUM*»...

Salimos, por fin, a tal extremo embargado el ánimo, plasmada en nuestra mente, en confusión de inciertas memorias y anacronismos, la historia toda

de la «Gran Pagana» que, un instante, hallo absurdas nuestras siluetas, recordadas a plena luna sobre este suelo en que, obsesos, esperamos, descubrir rastros de *soleas* o recias huellas de *cáligas*.

¡Salve, Augusta! ¡Tumba de inmortalidad... Desflorado sepulcro de grandezas, en cuyo fondo viejos mármoles tronchados—osamenta de tu pristino ser—dan fe de tu esplendor pretérito!

De las milenarias ruinas surge—planta que brotase de viejísimo tronco— la urbe moderna, toda gracia y lozanía. Hela, contemplándose en las aguas del Guadiana jسته río, tan español, que pugna por morir en castellano suelo! reposando bajo la insuperable gallardía de unas palmeras... sultana gentilísima...

E. CRESPO.

FIESTAS EXTREMEÑAS

MADROÑERA

Las Niñeras.—Fiesta religioso-profana

Esta fiesta de las Niñeras, que se celebra el 24 de diciembre, es inocente fiesta de rancio sabor madroñero, que es como decir sencillez, encuadrada en un marco pastoril, que huele a tomillo y romero.

Cuando las jóvenes de la buena sociedad madroñera dejan sus juegos infantiles y empiezan a presumir y querer figurar como *mozas*, han de tomar la alternativa de tales sacando para ello al Niño Jesús, la mañana de Nochebuena. La que no le saca, por cualquier causa, no parece que tiene derecho a figurar como tal moza. Costumbre arcaica y sin fundamento, pero como las costumbres hacen leyes...

Para este exclusivo fin de ser Niñeras, llamadas así porque llevaran al Niño, se atavían todas las jovencitas que aspiren a este título, con las galas más vistosas y llamativas; visten de típicas, es decir de madroñeras antiguas con las ropas ya pasadas de moda y que fueron gala y ornato de sus madres y abuelas. En competencia, llevan lo mejor que pueden, valiosas gargantillas,

collares y pendientes; magníficos mantones de Manila, algunos comprados para este exclusivo objeto, o artísticos pañuelos bordados o de cien colores; gran corpiño de terciopelo; buenos refajos y polleras de lana tejidas y bordadas en Madroñera misma para ésto, con abigarrados y artísticos dibujos y la mayor diversidad de colores y matices.

Vestidas así, con la mayor variedad posible, dentro de esta *uniformidad*, tan variada, oyen Misa cantada, que ellas mismas pagan, ya que es su Fiesta. Terminada la Misa, sacan de la Iglesia al Niño Jesús en su cunita y lo llevan de paseo por todas las calles del pueblo, lo que es un verdadero anacronismo; pero las Niñeras no reparan en tales minucias. Es el día de las NIÑERAS, su gran día y todo eso, es cosa baladí para ellas. Es día de gozar y divertirse, que por algo pasan hoy a la categoría de *mozas*, recibiendo el necesario espaldarazo. Es el gran día de empezar a pollear y presumir con derecho a tener novio, tanto, que muchas de ellas lo sacan ese mismo día, o al menos lo lucen, con el derecho que les da su flamante título de Niñeras. Por eso, el día de la Niñeras, es lo mismo que decir, alegría, juventud, amor, plena Primavera, en las nieves del Invierno.

Un requisito indispensable que ha de llevar toda niñera es la pandereta. Hay que presumir con ella, comprándola de las más caras y adornándola con gusto y primor. Es una vanidad infantil, pero que la costumbre ha impuesto que ninguna deje de cumplir en la medida de sus fuerzas y su buen gusto. Otro requisito que es de necesidad, es las castañuelas.

Al salir de Misa con el Niño Jesús en su artística cunita preciosamente vestida y adornada por las mismas Niñeras, empiezan éstas su toqueteo de panderetas y castañuelas, que acompañan con alegre y rítmico son a los pastoriles Villancicos.

¡Madre! a la puerta hay un niño  
más hermoso, que el Sol bello,  
¡pobrecito! tiene frío,  
y el pobrecito esta en cueros.  
Andá, dile que entre,  
se calentará,  
porque en esta tierra,  
ya no hay caridad,  
ni nunca la ha habido,  
ni nunca la habrá.

.....

Pero como la variedad de Villancicos es grande, otras cantan:

La Virgen lava pañales,  
y los tiende en el romero,  
y los pajaritos cantan  
y el agua se va *riyendo*.

(Estríbillo)

¡Ay! del chiquirritín,  
que ha nacido entre pajas,  
¡Ay! del chiquirritín,  
querididín, querididín,  
queridito del alma.

San José como es viejo,  
cómo tiritá,  
pero su madre ¡cielos! ¡que señorita!

(Estríbillo)

San José como es viejo,  
nadie le quiere,  
y la Virgen María,  
por él se muere.

(Estríbillo)